

“Un último canto por la vida”

La lluvia caudalosa empapaba los cristales del coche y el cinturón me apretaba el abdomen. Estaba incómoda y dubitativa. Esta misión anónima, extraña y poco fiable, se me había encomendado hace tiempo. Podría haber dicho que no, pero mi afán por salvar y dar la vida por los demás me había traído a este momento.

Según los detalles de la misión, había sido seleccionada para escoltar y, sencillamente, rescatar a una poetisa muy reconocida, Carmen Conde. Después de la tragedia, la ciudad en la que vivía habría sido rodeada por los “lobos”, dispuestos a deshacerse de todos los que se negaran a rendirles culto. Tanto ella como nosotros, revolucionarios y resistentes, tuvimos que escondernos para poder permanecer libres, qué paradoja.

Dejé el coche en las afueras, donde me aseguraron que estaría a salvo de estos indeseables. Sin bajar la guardia, aproveché el camino a pie para leer con más detalle la razón por la cual la poeta se mantuvo viva tanto tiempo, en el epicentro del desastre. Durante las pasadas semanas, se había publicado su último poema, donde de forma totalmente desesperanzada, Conde hacía uso de lo que llamó “su último aliento” para pedir al resto de revolucionarios que no dejaran de luchar por lo que es justo. No obstante, al analizar el poema, esta entidad anónima contactó conmigo, asegurando haber obtenido el paradero de la autora, escondido de forma subliminal en su último escrito. Era realmente brillante, la forma que tuvo Conde de pasar esta información desapercibida, como último canto por la vida.

Al alzar la vista, guardé toda la documentación y me dispuse a entrar al edificio en cuestión, aunque para mi sorpresa no había nadie, aparentemente. Llamé a su puerta, y después de perturbar su silencio, logré apaciguarla. “¿Cómo me has encontrado?” decía repetidas veces, pero de mi cabeza no salía el bellissimo poema que había escrito, no le dije nada. La realidad era que la misión empezaba aquí, tenía que salvarla.

Salimos exitosamente del edificio, y caminando por lo que parecía una calle vacía, pude expresar lo maravillada que estaba por su astucia: “Tu poema, fue fantástico”. Me miró con cara de interrogante y preguntó: “¿Qué poema?”. Ese desconcierto erizó mi piel. ¿Era una trampa? Fue entonces cuando empecé a escuchar el pitido de un explosivo alcanzandonos.